

Lo fundamental de la teología de la liberación (*)

Jon Sobrino

Ante todo, agradezco la oportunidad que se me da de hablar aquí, por dos razones. Primero, porque con esta Facultad algún contacto tenemos a través de los profesores que han estado en América Latina; para mí es una ocasión para pronunciar esa palabra cristiana por excelencia: «Gracias». Pero también me alegro de estar aquí porque tengo la oportunidad de hacer presente algo mucho más importante que mi persona, que mi teología y que toda la Teología de la Liberación junta. Me alegro de estar aquí para intentar hacer presente lo que es más importante: la realidad de pueblos enteros, de iglesias enteras que, aunque lo están pasando muy mal (porque son pueblos crucificados, literalmente no metafóricamente), sin embargo tienen algo muy profundo que ofrecer a todos.

Voy a centrarme en los presupuestos fundamentales de la tan traída y llevada, alabada o vilipendiada, conocida o desconocida, Teología de la Liberación. ¿Cuáles son sus presupuestos fundamentales?

UNA REALIDAD PREVIA

La teología nunca ha sido ni es lo primero. Siempre se dice que la teología es reflexión sobre la fe. Otros dirán que es explicación de los dogmas. Pero siempre presupone algo antes que la teología. De modo que el que hace teología sólo con teología no hace teología; siempre se presupone algo anterior a la teología. Ese algo, en nuestro caso anterior a la Teología de la Liberación, es lo que quiero exponer brevemente.

(*) Texto de la conferencia pronunciada en la Facultad de Teología de Granada el día 17 de diciembre de 1984.

Se ha dicho desde el principio —Gustavo Gutiérrez ciertamente— que lo que precede a la Teología de la Liberación son dos cosas: la primera o la segunda es una experiencia de Dios; la segunda o la primera es un hacer, una práctica en favor de los pobres de este mundo, la práctica de la justicia. Pero incluso antes que esas dos cosas yo me permito llamar la atención a lo que en mi opinión genera todo y cualifica tanto esa experiencia de Dios como esa práctica de la justicia: me refiero a la realidad de los pobres en un continente cristiano.

Vamos a detenernos un poco en esa realidad. Si no se empieza por aquí, la realidad nunca se recupera después por mucha especulación que hagamos. En cambio si empezamos por la realidad, quizás sea posible la especulación y la reflexión teológica. ¿Cuál es la realidad fundamental del continente latinoamericano? Como sabéis, es la pobreza, la pobreza de 300 millones de seres humanos, A eso se podría añadir la pobreza del continente africano, asiático, etc.... La pobreza del continente latinoamericano, ese es el dato fundamental. Es importante recalcarlo, en lugares que no son América Latina. Porque normalmente América Latina se convierte en noticia cuando sale otra cosa que no es la pobreza, aunque sean sus consecuencias. Por ejemplo, si hay guerras, los periódicos tienen que hablar de que hay guerra en América Latina, pero esa no es la realidad más fundamental; o si han matado a curas, pues entonces hay que hablar de que han matado a curas, pero tampoco esa es la realidad más fundamental. La realidad más fundamental es la pobreza como fenómeno masivo, es decir, que cubre prácticamente a todo el continente.

Con este presupuesto —dicho sea entre paréntesis— se comprende la ironía que está implicada en esa frase que se repite tanto: la opción preferencial por los pobres. Se pide que sea preferencial, que no sea exclusiva. Pero en unos países donde la inmensa mayoría son pobres apenas cabe preguntar por quién hay que optar, porque es la realidad que se impone. Optar por los pobres no es un acto voluntarista, fruto de mucho discernimiento y de mucho entusiasmo religioso. Es que si no se opta por ellos, ¿por quién se opta en América Latina? La pobreza es mayoritaria. Allí hay muy poquito de clases medias y poquísimo de oligarquía. Además, esa pobreza mayoritaria es histórica, no proviene sólo de causas naturales: por ejemplo, del carácter que a veces se les adjudica a los latinoamericanos, al campesino de allá, que no es emprendedor, que quizás es un poco vago. No es eso. Hay pobreza porque la sociedad está organizada de tal manera que necesariamente produce pobreza. Es una pobreza dialéctica: hay pobres y muchos pobres, porque hay acaparadores, ricos; y hay ricos, y muy ricos, porque hay una mayoría de pobres.

Cuando ponemos todo esto junto ¿qué visión de la realidad tenemos? Lo voy a decir en palabras teológicas sencillas. Lo que a nosotros nos preocupa

allá es la creación de Dios; no sólo la escatología, la utopía, que son los problemas con los que están preocupados muchos teólogos europeos cuando nos preguntan: «¿Y usted qué dice de la escatología?». Mi respuesta es: «Yo, lo que usted». Pero es que el problema nuestro todavía no es la escatología; es la protología: lo que está en los comienzos del designio de Dios, en los comienzos de la voluntad de Dios. Que haya un mundo en que la gente al menos viva.

Desde esta perspectiva teológica dicha muy aprisa, lo que está en juego en América Latina es la creación de Dios, y por ello el designio fundamental de Dios. Y eso ¿por qué? Pues porque la pobreza de América Latina, el tipo de pobreza que hay allá, no es sólo carencia de algunas cosas, no es sólo que hay un cierto grado de desempleo (con todo el respeto que me merecen los problemas que causan desempleo y paro en Europa). Pero allí no sólo es eso. La pobreza allí, por lo menos así la definimos, es cercanía a la muerte real. Ser pobre es ser cercano a la muerte, estar destinado a morir antes de tiempo.

Esa es la realidad fundamental de América Latina, algo previo a lo que después vamos a llamar cualquier teología y Teología de la Liberación. Aquello es el reino de la muerte, una realidad que no es noticia en los periódicos. Fue noticia para los periódicos cuando mataron a un obispo; pero antes y después de que lo matasen hay miles y millones de personas que mueren antes de tiempo a causa de esta terrible pobreza causada por estructuras injustas.

Y cuando esa gente latinoamericana —campesinos en su mayoría, también algunos obreros, etc.— se decide a no morir antes de tiempo, optan por vivir, eso significa en concreto que se deciden a luchar. Pero no pensemos enseguida en la ametralladora. Ese es un aspecto o una posibilidad de lucha. Cuando se deciden a tomar la palabra ¿qué les pasa? Que ya no mueren lentamente a causa de las estructuras, sino que mueren rápida y violentamente: son asesinados. Eso lo siento yo más en Centroamérica porque, como sabéis, en Nicaragua en pocos meses, durante la insurrección, murieron 40.000 personas, y no sólo en guerra. No murieron legítimamente según los convenios de Ginebra; murieron en bombardeos a poblaciones civiles. Y en Guatemala ya no se sabe ni cuántos han muerto desde 1954; algunos calculan 60.000, otros 80.000. Y en el Salvador, que conozco más de cerca, han muerto asesinados —en su inmensa mayoría por las fuerzas de la derecha, del gobierno, escuadrones de la muerte— 50.000 personas.

Ese es otro nuevo tipo de pobreza que sobreviene a la pobreza secular. El morir antes de tiempo no es ya sólo morir lentamente porque no hubo medicinas para los niños, ni educación, ni por tanto posibilidad de encontrar trabajo;

sino que es morir rápida y violentamente. Y además con una crueldad tal que es escalofriante. No tengo tiempo de contar ejemplos. Pero allí lo anormal ha sido matar de un simple tiro, porque con los asesinatos se ha querido atemorizar a los pobres. Por eso se mata de forma cruel, a machetazos, y mutilando a las víctimas.

Ese es el hecho fundamental, que está ahí independientemente de si uno es cristiano o no, de si se va a dedicar a la teología o a otra cosa. Porque eso de la liberación no es sólo para la teología. Debería haber también una abogacía de la liberación, una arquitectura de la liberación, una medicina de la liberación, etc.

Ahora bien, para un teólogo o para un cristiano, ¿qué supone eso? Supone, ante todo, que las realidades que después se van a conceptualizar, las realidades con las que va a tenerse que ver su teología son realmente, no metafóricamente, la vida y la muerte. Y, evidentemente, sabemos que en el plan de Dios la vida debe ser vida en plenitud. Y sin embargo lo que está en juego allí, el hecho flagrante y más primario, es la vida real y la muerte real; y esto tan simple tiene que colorear toda la teología.

Por ejemplo, un problema bastante europeo, el de la existencia o no existencia de Dios, el problema de fe y ateísmo, allí no se ve así. Allí se ve como existencia de Dios o existencia de ídolos: la fe frente a las idolatrías. Porque la no existencia de Dios será verdad o mentira, pero en todo caso será decir que hay algo que no existe. Para nosotros, en cambio, el problema no es que Dios exista o no exista; creemos que existe el verdadero Dios. El problema está en que existen otros dioses: es la presencia muy real de ídolos que dan muerte, a los cuales se les ponen nombres muy concretos. ¿Quiénes son estos dioses? El capitalismo en su forma absolutizada en que existe allí; y la doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual hay que matar a todo individuo que esté en contra. Esos ídolos existen y dan muerte. Por eso la teología reflexionará sobre el ateísmo, pero su obsesión no es la alternativa entre Dios o no Dios. Lo que realmente preocupa allí es creer en el Dios que da vida, el que llamamos tan simplemente el Dios de la vida, frente a los ídolos de la muerte que para subsistir necesitan vida. Comprendo que en otras latitudes se presenta más la fe como una victoria sobre la incredulidad y sobre el ateísmo. En América Latina la fe es victoria sobre la idolatría, sobre la tendencia que tenemos todos de dar culto a los ídolos, con la cual matamos a los hermanos.

Esta es una consecuencia muy simple, que no sé si acierto a comunicar adecuadamente, de lo que significa empezar por la realidad. Todo esto viene

mucho antes que hablar de método o de la teología. Y otra cosa muy fundamental, en mi opinión, que se desprende de ese empezar por la realidad es aquello que dice S. Pablo en la carta a los romanos, de que la cólera de Dios se ha rebelado contra los que aprisionan la verdad con la injusticia. Cuando eso ocurre dice S. Pablo que se estremece el corazón del hombre, que las cosas dejan de revelar a Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Que si tratamos de disimular esa realidad que nosotros tenemos allí, diciendo que los pobres estarán siempre con nosotros o que hay cosas peores que la pobreza, que si intentamos ideologizar o manipular esa realidad, entonces ocurrirá lo que dice S. Pablo: que las cosas dejarán de revelar a Dios, y que cualquier teología que empiece ignorando esa realidad no será capaz de decir nada de Dios. Hablará, en todo caso, acerca de lo que Dios dijo e hizo en otras épocas. Pero lo que nosotros esperamos es otra cosa: que cuando veamos a la realidad como es, trágica en un primer momento, cuando la dejemos ser lo que es, entonces quizás esas cosas puedan revelar a Dios. Y entonces podremos decir que la teología es posible. Que sea buena o mala no nos toca a nosotros juzgarlo. Pero para mí el problema es mucho más radical: hacer la teología posible, ser honrados con esa realidad, dejarla hablar y esperar que revele a Dios.

EXPERIENCIA DE DIOS Y TEOLOGIA DESDE LA PRACTICA

Dentro de esta realidad, tal como la he descrito, se dice que la Teología de la Liberación comienza con dos cosas importantes. Una es hacer una experiencia de Dios desde esa realidad. Es fácil ver que la Escritura nos anima a ello. Basta leer el clásico pasaje de Mt 25: allí estaba el Señor bien escondido. No tengo tiempo para desarrollar este punto, pero es importante comprender que la Teología de la Liberación comienza con una experiencia de Dios. Pero no cualquier experiencia de Dios, sino con una experiencia de Dios presente en esa realidad, de un Dios crucificado por un lado, pero de un Dios que mantiene la esperanza de esos crucificados.

Esa experiencia de Dios y la teología derivada de ella van a tener algo que es muy difícil de exponer en palabras: la gratuidad. Se empezó no por algo prometeico, por un grupo de teólogos que dijeron que iban a salvar el continente latinoamericano; se empezó con mucha humildad, y con el gozo de saber que algo se les había dado a esos teólogos, y antes que a ellos a los pobres. Se les habían dado nuevos ojos para ver la realidad, unos ojos que esperamos se parezcan más a los de Dios. Se les dió el ver esa realidad como ve Dios el mundo. Se les dió, un poquito quizás, el cambiar ese corazón de piedra, que todos llevamos dentro, en corazón de carne. En una palabra, se les dió la actitud

primigenia de Dios y de Jesús ante los pobres de este mundo: la compasión y la misericordia.

Y la segunda cosa, que se ha repetido tanto, es que la Teología de la Liberación comienza también con una práctica. En concreto, los teólogos de la liberación que empezaron esto (Gustavo Gutiérrez, Juan Luis Segundo y otros) además de ser teólogos eran otra cosa. Y decían que necesitaban ser otra cosa además de teólogos. Esto significaba que unos trabajaban en una parroquia popular, para ver realmente cómo estaban las cosas y cómo se podía responder a esa muerte generalizada; que otros trabajaban en grupo de derechos humanos, quizás en sindicatos; yo trabajo en una Universidad que quiere ser para el pueblo salvadoreño. Pero ese hacer se resume en una palabra: el amor. Sólo que un amor en presencia de mayorías que van a la muerte. Y ese amor que quiere impedir que las mayorías vayan a la muerte lo conocemos con el nombre de **justicia**.

En los orígenes de la Teología de la Liberación hay, pues, una experiencia profunda de Dios y algún tipo de práctica de la justicia; y todo eso se hace dentro de una realidad de muerte que, sin embargo, clama por la vida, como dice S. Pablo en Romanos.

INTELIGENCIA TEOLOGICA Y FUENTES DEL CONOCIMIENTO TEOLOGICO

Después de esto se pueden decir otras muchas cosas de la Teología de la Liberación. Voy a decir sólo dos cosas más. Esta primera es un poco más técnica: ¿Cómo concebimos el mismo funcionamiento de la inteligencia teológica? Hay una comprensión de lo que es la inteligencia teológica que se reduce sencillamente a **constatar** la verdad de las cosas y, a lo sumo, a ver su sentido y su significado. Allí decimos que la inteligencia teológica tiene que hacer eso, pero también algo más. Porque para conocer teológicamente hay que **hacerse cargo de** las cosas, captar su verdad y su realidad. Para eso, añadimos, tenemos que estar entre las cosas reales, no sólo ante sus conceptos. Si queremos afirmar teológicamente que pobreza es algo que da muerte, no basta con tener el concepto de pobreza y especulativamente estirarlo de tal manera que concluyamos que la pobreza da muerte. Eso no es hacerse cargo de las cosas, eso es hacerse cargo de los conceptos de las cosas: pero allí se insiste, mal o bien, en que hay que hacerse cargo de la realidad de las cosas, que las cosas en su realidad tienen que afectar. Pero además de hacerse cargo de, se dice que a la inteligencia le toma **cargar con** la realidad de las cosas. Y hay cosas, como el pecado, de las cuales no basta tener su concepto. Hay que estar en el

pecado del mundo, aún sabiendo que ese pecado del mundo es algo que salpica. Porque para conocer el pecado hay que cargar con él, dejarse salpicar por él. De tal manera que irse a un lugar para hacer teología, donde por definición el pecado no salpicase, sería el modo de no hacer teología sobre el pecado. Por último, además de hacerse cargo y cargar con, que es lo ético, hay que **encargarse de** ello, que es lo práctico. Inteligir es hacerse cargo de lo que se entiende, cargar con el pecado hasta que me salpique, y por fin encargarse de él para cambiarlo.

No sé si es muy complicado lo que he dicho. Lo que quiero decir, de forma sencilla, es que allí se entiende por conocer teológicamente, no sólo constatar, ni sólo determinar el significado de lo que se constata, sino cargar con lo que se constata. Si uno enseña Cristología, cargar con Cristo, y no limitarse a decir cómo fue; y encargarse de la obra de Cristo. Esto es algo que me parece típico de la Teología de la Liberación.

Dos cosas para terminar. Creo que el problema de las fuentes de conocimiento para la teología sigue siendo un problema serio. La Teología de la Liberación, por supuesto, acepta como fuente de conocimiento la revelación de Dios, el Antiguo y Nuevo Testamento, la tradición y el Magisterio de la Iglesia. Pero a todo eso añadimos otra cosa: la realidad actual de Dios. Es fuente de conocimiento teológico lo que hoy dice Dios. Ese hoy de Dios es tan importante para la teología como el ayer de Dios que nos ha sido dado, que lo recibimos, lo aceptamos, lo creemos. Dios sigue hablando, y va a decir quizás cosas muy sencillas, como por ejemplo que la muerte de pueblos enteros es pecado. Ese hablar hoy de Dios es fuente de conocimiento teológico, y no sólo para la pastoral, como si, una vez que ya aprendimos teología sin ese hoy de Dios, tuviéramos que ver cómo aplicar lo aprendido al hoy de la historia. Que hay una palabra actual de Dios ya lo sabemos, pero conviene subrayar que esa palabra se convierte en fuente de conocimiento teológico.

A mí me parece, además, que entre revelación de Dios y fe como respuesta del hombre hay una relación. Si no hubiese habido fe, no habría habido revelación, porque la revelación no llega a ser revelación si no es aceptada como tal. Por tanto para entender la revelación de Dios algo ayuda entender la fe como respuesta real a esa revelación. Pues bien, conocer la fe de los pobres, los destinatarios fundamentales de la Buena Noticia, ayuda bastante para conocer la revelación de Dios, pues la fe real de los pobres y de los no pobres, la fe real en una palabra, se convierte también en fuente de conocimiento teológico. Así se explica que los libros de la Teología de la Liberación, que pretenden ser estrictamente teológicos, además de citar a los que conoce-

mos (Bultmann, etc.) y a las Escrituras, citan a la gente de hoy como argumento teológico. O sea que para escribir sobre la esperanza, además de citar al Antiguo y al Nuevo Testamento y quizás a Moltmann o a Bloch, se cita a Mons. Romero o a la cocinera de la casa. ¿Por qué? Porque tienen esperanza. Quizás su concepto es mucho más primitivo que el concepto de esperanza que tiene Bloch, por supuesto. Pero ningún concepto nos da la realidad y allí se trata de argumentar con la realidad. ¿Por qué dice usted que la esperanza es esto? Porque ahí está, es la esperanza real. Y usted, ¿por qué dice que el pecado es esto? Además de analizar el pecado en el Génesis, etc., pues porque está ahí. Y ¿por qué dice usted que el seguimiento de Jesús es esto? Pues porque ahí está. Lo que quiero decir con esto es que como fuentes de conocimiento teológico están la manifestación actual de Dios, que es lo que en lenguaje técnico llamamos signo de los tiempos, y la fe realizada de la gente.

Fíjense que no he hablado del método, que es sobre lo que más se suele preguntar. Ni tampoco del marxismo o la violencia. No he mencionado nada de eso porque no me parece ni de lejos lo más importante de esta Teología. He hablado de las cosas más fundamentales. Tampoco he hablado de contenidos: qué dice sobre Cristo, sobre la Iglesia, sobre Dios, sino sobre lo que en mi opinión está en el transfondo de esa forma de hacer teología.

EL QUEHACER TEOLÓGICO

Para terminar enumeraría algunas características formales de esta teología. La primera es que se considera como un hacer cristiano, dentro de otros muchos haceres. La pastoral es un hacer cristiano, como la predicación o la actividad de los hermanos de S. Juan de Dios llevando un hospital. La teología es otro hacer cristiano. Y como todo hacer cristiano debiera ser hecho cristianamente. Para que la teología sea cristiana no basta sólo con que los contenidos sean cristianos; hace falta que su quehacer en lo posible sea cristiano.

Podríamos preguntarnos cuándo un quehacer es cristiano. Muchas cosas se podrían decir. Para mí lo primero es que cualquier quehacer cristiano tiene que pasar por la conversión. Hay que admitir en principio que el quehacer teológico está por lo menos tan amenazado de pecaminosidad como cualquier otro quehacer. ¿Qué es la conversión del quehacer teológico? Para mí, estar abiertos a la verificación. Porque hay gente que dice: «La teología es verdad porque es así»; y si no sirve normalmente le echan la culpa a los otros, por ejemplo a la sociedad que se ha secularizado y ya no tiene interés por nosotros. Puede ser. Pero puede ser también que nosotros lo estemos haciendo mal, y no

con mala voluntad. Esa disposición a cambiar en la teología para que sea un servicio real supone estar abiertos a verificar si eso es así o no, y no repetir siempre lo mismo, aunque cada vez menos gente esté interesada en ello, como por desgracia suele ocurrir. Esa apertura a la verificación es reconocer que lo nuestro es un quehacer limitado de hombres, que puede tener la propia pecaminosidad y exige, por lo tanto, que de vez en cuando nos preguntemos: ¿lo hacemos bien o lo hacemos mal?

Dos características más de ese quehacer teológico en cuanto cristiano. Que sea gratuito. No digo que no se cobre. Por gratuito quiero decir que un contenido fundamental de la teología es la gratuidad. ¿Cómo se introduce esa gratuidad en el quehacer teológico? En América Latina muchos de nosotros podemos decir con honradez que tenemos la experiencia de que, como teólogos, algo se nos ha dado, no ha sido logro nuestro: se nos han dado, creemos y esperamos, ojos nuevos para ver las cosas, quizás un nuevo modo de funcionar intelectualmente; y eso nos lo han dado, creo yo, los pobres de este mundo.

Puebla habla de que los pobres nos evangelizan. Esto yo lo quiero traer a colación desde otro punto de vista: que el quehacer de la teología como tal esté transido de gratuidad, y que no sólo escribamos tomos sobre la gracia; que se escriba además con espíritu de gratuidad. Y para eso hay que pasar por la experiencia profunda de que algo se nos ha dado. Los teólogos somos gente importante en la Iglesia, podemos hacer un servicio importante, pero sin que se nos meta poco a poco esa conciencia de que somos «supercristianos», de que somos los que más sabemos y los que dicen las cosas más importantes. Ese orgullo humano, que le viene al teólogo como a cualquier hijo de vecino, creo que se cura a base de gratuidad, cuando encontramos luz para la teología allí donde menos esperábamos, en los pobres de este mundo.

La última característica de este quehacer teológico, que quisiera exponer, es que sea evangélico, en el sentido primigenio del término: de Buena Noticia.

Que el quehacer teológico sea hecho de tal manera que realmente se haga con gozo, porque queremos ofrecer no sólo algo que es verdad, sino una verdad que es Buena Noticia: ese convencimiento profundo de que escribir una Eclesiología o una Cristología o un Derecho Canónico, o lo que sea, es Buena Noticia para la gente. A eso le llamo yo una teología evangélica. Y yo creo que allí hay algo de eso. La teología no se hace una carga pesada, a no ser en el sentido de que se necesita tiempo, aburrimiento y una cosa que no he mencionado aquí: el hecho de que allá a los teólogos también los persiguen y les ponen bombas. A pesar de todo eso, la teología es una carga ligera porque se ofrece algo que creemos es bueno para este mundo: Jesús de Nazaret, Dios, etc.

Esto es más o menos lo que a mí más me interesaba decir de la Teología de la Liberación. No han salido los tópicos normales, los que preguntan los periodistas, sino algo que en mi opinión es mucho más profundo. Que esa teología sea muy novedosa o no, no lo sé ni me interesa. Que sea la mejor o la peor, tampoco lo sé ni me interesa, porque no se trata de eso. Pero sí creo que hay algo de novedad en haber captado que en el fondo de los fondos ese Dios nuestro es un Dios de todos, pero que tiene sus preferencias, y que esas preferencias son para los pobres de este mundo; y que estar entre los pobres de este mundo, estar en contacto con ellos, tratar de defenderlos, ilumina; y esa es quizás la intuición más fundamental que está detrás de la Teología de la Liberación.

Jon Sobrino